

Apreciado Óscar Pérez, secretario General de la Confederación Interamericana de Educación Católica; estimados miembros del Consejo directivo: Hermana Antonieta (Presidenta), Trina, Hermana Claudia, Hermana Neila y Thomas.

Hermanas y hermanos todos en el Señor que desde diferentes países de las Américas participan en este congreso que se ha venido realizando con tanta regularidad desde la fundación de la CIEC en 1945.

De parte del presidente del Consejo Episcopal Latinoamericano, Monseñor Miguel Cabrejos Vidarte quiero extenderles mi saludo cordial y la particular cercanía y atención con la que seguimos y acompañamos el caminar, las reflexiones y las decisiones que se toman por esta Confederación.

También desde su fundación en 1955, para el CELAM la educación ha sido uno de los temas claves y de particular preocupación.

Hubiéramos querido acompañarles desde la apertura del Congreso, pero por las agendas de todos no fue posible. Es un placer poder estar con ustedes en este día de cierre, con la certeza de que el abordaje de temas como la innovación en la educación católica, el liderazgo como factor esencial para la mejor gestión educativa y la comunicación como parte constitutiva de los procesos educativos, pero también en la gestión educativa y, por supuesto que en una mayor fluidez de la comunicación interna.

Quisiera, antes que nada hacer eco a la palabra de Dios de estos días. Sin pretender ser utópico o idealista, la primera palabra que resuena con fuerza es *amor*. Como institución educativa de identidad católica, esta palabra no puede resultar irrelevante. El Dios que nos convoca se define como amor y nos llama a determinarnos también por el amor. No estamos hablando de algo meramente emocional sino muy concreto. En la persona de Jesús el amor se hace concreto como donación, como ofrenda, como servicio. Desde esta perspectiva, los discípulos misioneros de Jesús estamos llamados a impregnar de amor nuestras actividades y la educación católica debe ser *amorosa*, esto es, servidora y buscadora del bien para todos los integrantes de la comunidad educativa. Un servicio que libera, promueve, respeta y acompaña.

Pero avanzando un paso más, la primera lectura es el relato continuado de la primera carta de san Juan. Allí una de las afirmaciones que más recuerdo es: “el amor perfecto expulsa el temor”. Los retos que se han tocado durante este congreso de ninguna manera pueden ser mirados como hechos que intimidan sino como realidades que estimulan a ir más alto y más profundo, a descubrir en medio de estos retos las oportunidades que tenemos de crecimiento, de conectar con la mentalidad de las nuevas generaciones y de ofrecer una educación siempre pertinente, bajo un principio eclesial que nos debe ser útil: *ecclesiam semper reformanda*.

Así, la segunda palabra que propongo es *esperanza*. En el Evangelio de hoy, Jesús nos recuerda que tenemos heridas. El Papa Francisco en este sentido dice que “todos somos vulnerables”. Debemos tomar conciencia de nuestras vulnerabilidades, de nuestras miserias. Pero tomar conciencia de ellas no nos debe intimidar ni acomplejar ni paralizar. El mismo Papa Francisco nos decide que ante estas constataciones tenemos dos caminos: o actuar desde el miedo o actuar desde

la esperanza. Cuando se actúa desde el miedo, nos paralizamos; vemos enemigos por todas partes, en lugar de ver simplemente personas con posiciones diferentes; descubrimos amenazas en lugar de encontrar oportunidades. El miedo produce la reacción del encierro y alimenta el instinto de conservación.

Pero cuando se actúa desde la esperanza, se alimenta el optimismo, la capacidad de purificarse, de levantarse siempre dispuestos a hacer las cosas mejor, con la decisión de tender puentes en lugar de levantar muros.

En el Evangelio, escuchamos estos días a Jesús en la sinagoga del pueblo que le vio crecer, haciendo suyo el texto de Isaías: “el Espíritu del Señor está sobre mí”. Entonces aparece la segunda palabra que resuena fuertemente en los textos bíblicos estos días: *Espíritu*. En la Exhortación sobre la alegría del evangelio, uno de los capítulos que el Papa Francisco nos ofrece es el de “Evangelizadores con Espíritu.

Nada de lo que hagamos como discípulos misioneros de Jesús puede sustraerse a la necesidad de este poder pneumatológico. Cuando debemos afrontar los retos que el dinamismo de la historia nos va poniendo delante, aparece la necesidad de abordarlos científica, metodológicamente, pedagógicamente, para dar una respuesta adecuada. Y eso está muy bien. Pero no podemos quedarnos allí. Corremos el riesgo de diluirnos en las especulaciones y las soluciones tecnicistas, olvidándonos de que “unos siembran, pero otro es el que cosecha”. El elemento diferencial lo hace el Espíritu de Dios. En ese sentido, no está fuera de lugar invitarles a sentir que las palabras de Isaías que hoy Jesús se aplica para sí, perfectamente son para nosotros. Creamos que el Espíritu de Dios está sobre nosotros y que este nos envía para ser anunciadores de la Buena noticia en las diferentes comunidades educativas. Para ello, ponemos lo mejor de nuestras capacidades y formación y lo potencializamos con la fuerza sobre natural del Espíritu de Dios. Y que podamos decir con Jesús: también hoy se cumple en nosotros la Escritura que amamos de oír.